

Mejor relato

*El triunfo de la Muerte*

de Txomin Requeta Jerez

Siempre tuviste gran devoción por ese cuadro, aunque yo no lo entendí hasta el último momento. Los perros famélicos, las alargadas figuras esqueléticas, el avance de la desolación, la voluntad sometida, el fuego, la inexorable oscuridad y, en último término, arrinconada, despojada ya de toda esperanza de salvación, si es que alguna vez la tuvo, la vida, entre esa mezcla de pánico inconsciente e indiferencia tan natural en ella. Entonces lo vi, lo vi tan claro que no pude sino repetir una de las frases que me dijiste la primera vez que nos vimos, en aquella misma sala. Aquí está todo. Lo repetí muy lejos de allí, muy lejos de ti, como si me encontrase en el taller donde el viejo Brueghel, casi quinientos años antes, acababa de terminar la obra; porque se llamaba así, Pieter Brueghel, el Viejo, a pesar de que no llegó a la cincuentena, o al menos eso rezaba el rótulo al pie del marco. Lo dije como si el maestro flamenco se estuviese echando para atrás en ese mismo instante, con el pincel todavía en la mano, y hubiese pedido mi opinión. Aquí está todo, señor Brueghel, le respondo, mitad fascinada y mitad aterrada por la tragedia humana. De todas formas de nada servían ya mis palabras, así que las repetí sólo para mí. Ni estaba en el taller del pintor medieval ni tú querías escucharme más.

Te mantuviste callado, con el rostro fijo en un punto de la imagen, la mandíbula apretada y una expresión que jamás te había visto. Yo imaginé, yo quise, yo necesité que me dijeras algo: lo siento, no puedo seguir así, es por el bien de los dos, algo... Pero no dijiste nada, y eso fue aún peor. De nuevo, el viejo Brueghel me dio una explicación. Hasta hacía algún tiempo, cada vez que acudíamos al museo yo creía que éramos la pareja de amantes de la esquina inferior derecha del cuadro. Dos amantes ajenos, sordos, ciegos a cuanto no fuese la melodía que iban componiendo poco a poco, la mirada que clavábamos en el otro, el efímero contacto de nuestros cuerpos

que apenas satisfacía el deseo; o acaso conscientes del final de los tiempo, de que todo, hasta lo nuestro, se acababa, de que alrededor únicamente existía pérdida y la muerte y sus perros ya se abalanzaban sobre nosotros, y en consecuencia decididos a apartar la vista de los sucesos, sabiendo que la realidad nos segaría en cualquier momento, para dedicarnos un último verso, el definitivo, el que nadie nunca, jamás, podría repetir. Y lo creí durante muchos años, que me llevabas ahí para enseñarme que éramos el último reducto de la luz, tú y yo, yo y tú, en nuestra habitual posición frente al cuadro, un poco a la derecha del centro. Puede que también lo creyeses así, por un tiempo al menos. Sin embargo, cuando las cosas en la relación empezaron a oscurecerse distinguí claramente el avance de la sombra, y supuse que a partir de entonces me tocaba ejercer del cansado caballero que se dispone a defender la inocencia de los enamorados. Harto de tanta guerra, deseoso quizás de entregarse a la Muerte sin más resistencia, ve de pronto, a su espalda, dos figuras de carne pálida y rostro sonrojado que se dedican su final aliento de vida. Y aquella imagen le recuerda tiempos mejores, cuando él mismo amó, la felicidad por la que en algún momento hubiese dado la vida, lo hubiese dado todo. Entonces se vuelve hacia los ejércitos que ya hace rato han cruzado su parte del río, que ahí, a lo lejos, donde la tierra devastada, continúan ejecutando a las ovejas descarriadas, que se mofan de la sencillez con que la gente se deja conducir, un poco más cerca del caballero, a la gigante y común tumba. A los oídos le llega la dulce melodía de los amantes, y sabe que no hay vuelta atrás. Echa mano a la espada, lanza un grito al cielo, al dios que probablemente esté instigando todo aquello, y planta los pies en el terreno que pronto será yermo, haciendo el inútil sacrificio de defender un amor, un simple y tonto amor condenado al fracaso y el olvido.

Sí, creo que así era: yo la guardiana de lo que fuimos, tú el barco que se hundía. Pero aquella tarde no dijiste nada, tus ojos no brillaron como otras veces, fijos en las escenas que se desarrollaban en la tabla, no te volviste hacia mí ni me confesaste lo que la pintura te transmitía ese día. Antes me había encantado verte haciéndolo, en los tiempos en los que todavía no entendía el Brueghel. Me dejaba conducir hasta el museo porque para ti era importante, y mientras contemplabas la obra de arte yo te

contemplaba a ti, procurando grabar en mi mente cada gesto de tu cuerpo, cada giro de luz. Aquí está todo, me decías, y yo hacía el esfuerzo de entenderlo, solo que lo logré demasiado tarde. Ya la Muerte nos había acorralado entonces, y en nuestro propio cuadro se desarrollaba el final al que siempre estuvimos destinados. Vendados los ojos, atadas las manos, las legiones nos empujaban hacia la tumba, y todo se reducía a una simple verdad. Pero tú no te resistías, ¿por qué no te resistías? ¿Por qué no sacabas la espada ni te aferrabas con uñas y dientes, como yo hacía, a nuestra relación? Porque ni los jóvenes amantes ni el cansado caballero; ahora solo éramos, y puede que lo hubieses pensado siempre, dos cuerpos que se separarían en el mismo lugar donde se habían encontrado.

Al llegar la hora de cierre, me fijé en la figura que montaba el caballo de la izquierda, en el reloj de arena que llevaba en la mano y el carro donde se iban amontonando las calaveras. Ya está, pensé, nuestra hora ha llegado. No nos dijimos nada pero ya estaba todo hablado. Fue el viejo pintor quien se encargó de ello. Tú te diste la vuelta y te dirigiste hacia la salida, yo me quedé algo más frente a la pintura. Nunca he sido aficionada al arte, pero viendo aquella obra comprendí que nada podía superarla, que encerraba toda la creación existente y por existir, que narraba la historia de Brueghel en cada pincelada y, en consonancia, la de todos los hombres. Porque es cierto, ahí estaba todo. El amor, la religión, la violencia, la valentía, el poder, la rendición, el terror...; toda acción humana gobernada por la misma mano, el mismo aliento que impulsa cada una de nuestras acciones y que, al final del camino, nos iguala, nos reduce, nos hace ver que todo lo que hemos hecho, todo por lo que hemos luchado estaba de antemano sometido al paso del tiempo. Y Brueghel lo sabía, y lo sabías tú y lo supe yo, pero aun así vivimos mientras duró y nos amamos cuando todo se perdía, porque tampoco se podía hacer otra cosa. Eso había sido nuestra relación, lo entendí y asentí despacio. Adiós, Pieter, viejo maestro, viejo amigo, adiós... Luego me di la vuelta y me marché.

Tú me esperabas fuera, donde la estatua de Goya, como si hubieses estado preparando

aquel momento mucho tiempo. Años atrás me habías pedido salir en aquel sitio, y ahora te ibas a despedir de la misma forma, porque siempre te gustaron las historias clásicas, circulares y cerradas como los círculos del Infierno, como la vida misma. Me puse a tu lado, te miré, me miraste. Y después de decir todo lo que me dijiste, te diste la vuelta y desapareciste de mi cuadro para siempre. El triunfo de la Muerte sobre nosotros, el verso que nunca se podrá repetir.